

## RELACIONES ENTRE LA CIENCIA Y LA POESIA

RELACIONES  
ENTRE  
LA CIENCIA Y LA POESIA

MEMORIA

LEIDA EN EL ATENEO DE MADRID LA NOCHE DEL 1º  
DE DICIEMBRE DE 1884

por

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW

SECRETARIO PRIMERO

EN LA SECCION DE LITERATURA DE DICHO ATENEO

MADRID  
GUTTENBERG  
LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA

PRINCIPE, 14.

1885

## RELACIONES

### ENTRE

## LA CIENCIA Y LA POESIA

SEÑORES: Si por otros muchos motivos no fuera para mi este momento ocasión de profundas satisfacciones lo seria de seguro, porque me proporciona el placer, largamente anhelado de manifestar a todos y cada uno públicamente el testimonio de la inmensa gratitud que les debo. Bríndame tal regocijo la ultima muestra de estimación que de vosotros he logrado la honra de merecer, mas no por eso he de limitar a tal distinción mi agradecimiento que de otras muchas os soy acreedor, y siempre las he estimado no solo por lo que valían, que ya, es mucho, sino por el esfuerzo de benevolencia á que teníais necesidad de recurrir para que tal honor alcanzase a quien Como yo, si á tanto, por interés de vosotros, aspiraba, tan poco, por escasez de mi valimiento, merecía.

A tal benevolencia, con que siempre me tratasteis cuando subí á esta tribuna, puedo atribuir únicamente el hecho, para mí honrosísimo, de que vuestros votos me elevaran al puesto que hoy por vuestra voluntad ocupo. Y no creáis que escribo estas palabras por fórmula retórica, ni aun que las hago seguir por estas últimas como obligado por otra rutina de dicción que ya suele ser compañera de la fórmula antedicha. Antes, por el contrario, digo yo, con toda sinceridad, abrumado por el peso de la obligación que en este instante á un mismo tiempo me seduce y me amenaza. A la indulgencia con que me encumbrasteis, quizá puedo aspirar á corresponder con mi reconocimiento. Mas si otra cosa esperabais de mí, poco ha de duraros la ilusión, que es la tarea que hoy se me impone harto superior á mis fuerzas, y á la que gustosamente, creedlo, hubiera renunciado si no temiera que la excelente voluntad de las almas caritativas, que tanto abundan hoy, atribuyese á descortesía o deserción lo que sólo es reconocimiento tardío y por tardío, más triste de mi suficiencia menos que escasa

El curso natural de mis aficiones, hizome sino familiar, que más larga experiencia, más detenido estudio y más alto pensamiento que los míos había de menester, conocido siquiera el aspecto brillantísimo del curso del desarrollo de la poesía al través de la historia. No exige semejante trabajo especiales aptitudes ni aun, no sé si atreverme á decirlo, minuciosa investigación, y sí únicamente entusiasmo para tales contemplaciones y sentimiento que vibre inspirado por tan fascinadora impresión. No rinde la ciencia tan prontamente sus secretos; no es tan fácil, según mi pobre entender, penetra en sus misterios vislumbrar sus infatigables transformaciones, seguir paso á paso y con precisión y exactitud, más que nunca necesarias aquí, su maravilloso desenvolvimiento, abarcar de una mirada la aparición admirable de lo que hoy realiza que sólo imaginación ayer pareciera; que no vale aquí admirar y sí comprender, no sentir, sino razonar. no extasiarse ante la impresión, sino explicar su causa y su fin, y para ello son menester, no simple entusiasmo y alma abierta y corazón ardiente, sino acabado estudio de la

materia, conocimiento exacto, experiencia, larguísima, es decir, en una palabra, señores, todo aquello que para mí desearía. Si lo deseo, fácilmente comprenderéis que es porque deploro la falta de posesión.

Y digo esto, no en son de disculpa, que de poco le sirvieron la de no manejar las armas al voluntario, que entró en combate para esquivar con honra el compromiso que ya le obliga, sino, para sincerarme ante vosotros. En el curso de esta Memoria que, como sabéis, ha de que versar sobre las "Relaciones entre la ciencia y la poesía, notaréis que en todo, pero muy singularmente en lo que á las investigaciones científicas concierne, vacilo y flaqueo. Consiste, sin embargo, que no tengo la petulancia de presumir que pase como buena y propia mercancía, ante concedores tan peritos con vosotros, la que habéis de reconocer seguramente cómo ajena y maltratada. Sírvame esta sinceridad, que os debía para obtener de vosotros una indulgencia que de todo corazón os suplico y que con toda mi alma y anticipadamente, os agradezco.

Y en verdad, señores, que para quien de otros y superiores a medios que yo pudiera disponer ningún otro tema que el que hoy tengo la obligación desarrollar, se prestaría, no tan solo á la exposición razonada y convincente de las diversas teorías que hoy luchan en el campo, á todos abierto de la controversia, , sí que también tema alguno no brindaría mas preciosos a, los motivos al juego brillante, y siempre rico en caprichosas combinaciones, de la imaginación .

Ciencia y arte creo yo se acompañan, se ayudan en la composición de la obra inenarrable que el adelanto material de los tiempos escribe al correr de los años, que consigo nos llevan poco á poco desde la cuna al sepulcro, haciéndonos testigos de tanta gloria como les engalana, y de la que parte, no escasa, á todos y cada uno parece que corresponde. La ciencia investiga, descubre; el procedimiento de su minuciosa investigación admira; el gran resultado de su descubrimiento pasma. Pero la teoría no sin trabajo nace, como todo se material, antes de ver la luz germina, antes de surgir la afirmación, se mueve temblando y se oculta a veces casi en la nebulosa de la hipótesis .En el nacimiento de toda

hipótesis en su desarrollo en su definitiva llegada a la vida de o verdadero ,palpita siempre una idea eminentemente poética.

Por el contrario en todo adelanto que se logra en todo progreso que se alcanza y adelanto y progreso surgen siempre de la ardua pero fecunda labor científica, existe una fuente copiosa de la inspiración para el artista .Y así ambos elementos trabajadores y jamás inactivos, ciencia y arte, se unen en la ultima cima de la civilización, ultima hasta entonces y allí se abrazan; que allí la ciencia ofrece y allí el arte la canta, la hermosea con su envidiable elogio, la propaga y aun la dignifica. No de otro modo el gran Quintana, al entonar su oda inspiradísima y siempre joven, *A la invención de la imprenta*, hizo inmortal en el cielo de la arte el portentoso descubrimiento que ya de tan envidiable vida gozaba en los dominios de la ciencia.

Y tan felices resultados produce en todo tiempo y lugar la unión y armonía de ciencia y arte que adonde quiera que volvamos la vista, hallamos pronto y con irrefutable testimonio, Vedlo aquí evidente y esto quiero decíroslo sin que me oiga el Sr. Echegaray, cuya modestia se dolería seguramente de mi elogio) vedlo aquí decía en la persona del ilustre socio que en esta sección nos preside. Aun mismo tiempo le abruma los laureles conquistados en ambas lides y aunque hallados en distintas horas distintas iguales en la del triunfo, no menos brilla del autor de las teorías modernas de la física que la del inspirado cantor de *En el seno de la muerte*.

## I

La frase con que el tema se enuncia *Relaciones entre la ciencia y la poesía*, parece obligarnos a deducir forzosas consecuencias, y así hemos de preguntarnos: ¿existen tales relaciones? ¿ Son ambas entre si, la ciencia y la poesía , elemen-

tos antagónicos ó en pelea ó por el contrario una y otra se armonizan y acompañan siendo la una, la poesía, estímulo del trabajo, acicate de la ardua y fecunda labor á que el científico se consagra, y la otra la ciencia, fuente rica de inspiración ya que por tan espléndido modo ensancha de día en día el círculo luminoso dentro del que surgen, llenas de movimiento y esplendor, desarrollando misteriosa fuerza, las maravillas que aún ayer se velaban, entre las nieblas ya rotas, de una lejano ideal?

Yo así lo creo antes lo he dicho; pero aun no es llegada la hora de las conclusiones.

La cuestión reviste excepcional importancia desde el momento en que ilustres pensadores presentan en total oposición las ideas de perfección y utilidad que acompañan á la ciencia inseparablemente y el sentimiento de lo bello, de donde arranca toda poesía digna de llamarse así.

Kant las opone y separa distintamente, y dice: belleza de un lado, de otro utilidad y perfección. Schiller abundando en la teoría de Kant, no duda un instante en afirmar rotundamente que el artista, en vez de estar unido á las realidades de la vida, busca la apariencia, y con ella y sólo con ellase complace. A tal extremo alcanza semejante intransigencia, que un celebre crítico francés Mr Renouvier afirma que la imaginación poética yace hoy en estado tristísimo porque desea que se le considere *con demasiada seriedad*. Es preciso, continúa, „Mr, Renouvier, que la poesía abandone toda pretensión directa sobre lo verdadero y sobre lo útil; porque ni la utilidad ni la verdad deben ser sus objetos propios, sino únicamente la emoción y la belleza.

Más científicamente formulada y unida á la idea de la evolución, encontramos hoy esta teoría en Herbert Spencer y en la mayor parte de los estéticos contemporáneos. Creen al arte sinónimo del juego. Schopenhauer, lo ve únicamente, como un juego superior lenitivo en algunos momentos de pesar.

Considerando hasta que punto la ignorancia ,fingida ó cierta, de lo que puede y vale y es el sentimiento que informa y ha informado siempre la verdadera poesía arrastra a mu-

chos hombres considerarla con una indiferencia rayana de desprecio, ¿á quién, señores, que sienta amor profundo por los derechos y prerrogativas del verdadero arte no ocurre decir con el ilustre escritor francés, Mr. Guyáu: ¿no es esto desconocer el carácter serio, y por decirlo así, vital, del arte?

Si este es un juego, ¿cómo lograremos distinguirlo de lo de los demás? -A esta pregunta responde Mr. Grant Allen de una manera que descorazona. El juego, dice, es el ejercicio de las funciones activas (carrera, caza, etc.); el arte el de las funciones receptoras (contemplación de un cuadro, audición de una bella sonata). Mr. Grant Allen no ha pensado seguramente que es casi imposible distinguir la pura sensación de la acción. En el arte ver y hacer se confunden. ¿Cómo ha de consistir el arte únicamente en la impresión que la obra artística produzca si hasta en el .que aquella impresión recibe se efectúa un movimiento de producción, que desarrollado en el espíritu del poeta del pintor del escultor, merced al medio propio que en él halla, como semilla caída en tierra fértil, da á la vida y á la gloria la realidad de los portentos de la inspiración artística?.

Concretando la teoría de Spencer y Grant-Allen; el arte no tiene fin, ó si lo tiene, este fin es pura y simplemente imaginario. Esta afirmación no puede quedar sin respuesta. Suya será la que demos á esta otra pregunta que se deduce lógicamente del curso del razonamiento y que comprende en un todo la, parte, de la cuestión: ¿Existe verdadera oposición entre lo bello y lo útil, lo verdadero y lo real? O lo que es más claro y más conducente al objeto de la Memoria: ¿Es imposible la armonía entre el arte, bello antes que nada, y la ciencia, útil, verdadera y real antes que otra cosa? Y circunscribiendo el arte á la poesía qué á tal me fuerza el enunciado de la Memoria, y reduciendo aún más la cuestión: ¿Pueden existir relaciones entre la ciencia y la poesía?

Afirmar que la idea de lo útil y la idea de lo bello no pueden armonizarse; afirmar, mejor dicho, que la utilidad y la belleza viven en perpetua oposición es, según mi pobre entender, incurrir en un error lamentabilísimo, error á todas,

lucos, que el testimonio constante de los hechos se encarga, por sí solo, de desmentir-. « En los objetos exteriores, como dice muy acertadamente el notable crítico francés, ya citado, Mr. Guyau, la utilidad, como tal, constituye siempre una cierta belleza. Esta belleza se resuelve, ya en una satisfacción de la inteligencia, que encuentra la cosa bien, adaptada á su fin, ya en una satisfacción de la sensibilidad que encuentra este fin agradable.-» Claro está, señores, que no hemos de ir tan lejos que tengamos la pretensión de asegurar que allí donde lo útil se desarrolla lo bello se manifiesta. No. Nada más útil, bajo muy diversas consideraciones mirado, que los inmensos muelles de atraque que en los grandes puertos avanzan hoy, robando espacio al mar y pareciendo querer apercibirse á recibir á la nave que arriba, y difícil, muy difícil será encontrar en ellos el conjunto, noblemente artístico que la superior belleza de que ahora tratamos para sus obras requiere. Y, sin embargo, llega, á tanto el influjo, la satisfacción de la inteligencia de que Mr Guyau habla, que ve hermosos los objetos, otro tanto que los halla bien adaptados á su fin, que esforzándose un poco nada más llegaremos á encontrar positiva hermosura en aquellos muelles colosales de que hace un momento hablaba, considerando el gran progreso que representan, reflexionando que para aquella nube de trabajadores que sobre las dobles vigas y resistentes planchas de hierro bulle y corre son fuente única de sostenimiento y vida, imaginando que ellos, para el emigrante que huyen marcan el último paso de una serie no interrumpida de dolores que en mar y tierras lejanas busca un alivio que raras veces encuentra, y que para el feliz viajero que vuelve á sus hogares son como el primer pedazo de patria que huellan sus pies, el camino que le conduce á aquel otro, tantas noches soñado, en el que corrieron, junto al umbral, hoy desierto, de su casa, los años más felices de su vida.

No faltará alguno de vosotros, señores, que diga, y con que esto es poesía, pura poesía y nada más. Justo; pero véase también como se relaciona con la ciencia, de tal modo, que allí la poesía encuentra motivo á su inspiración donde la ciencia, sólo tal vez creyó fundar algo útil y nunca

bello que sin duda en tal cosa jamás hubo de pensarse, ni había ciertamente para qué.

Y si hasta en los objetos que sólo aparecen colocados sobre el mundo para llenar un fin exclusivamente de utilidad, podemos inquirir, y seguramente encontramos, un aspecto innegable belleza, calculad, señores, si será fácil tarea ir demostrando la relación en que lo útil y lo bello se muestran y aun se confunden, ya en las maravillas del arte, ya en los portentos de la ciencia, en los que uno y otro no se ocultan á las simples miradas, antes bien descubren á la primera impresión su fecunda armonía.

¿Quién negará, por ejemplo, que la arquitectura, arte, eminentemente bello, no es á la vez eminentemente útil. Revistió en verdad, la arquitectura en un principio, un aspecto señaladamente utilitario; pero las necesidades de los hombres, que no sólo atienden á su vida material, sino que, buscando el recreo de los sentidos, se fijan bien pronto, en el ansia del espíritu, ensancharon poco a poco sus estrechos límites. Y así, de la choza estrecha formada por troncos y ramos de árboles partidos, en cuyo interior oscuro y visitado continuamente por el viento, el hombre sólo encontraba momentáneo abrigo, llegamos con lentitud, es verdad, pero llegamos á la suntuosa hermosura del palacio, moderno, embellecido por todas las artes y pródigo en satisfacer cuantos deseos agiten el cuerpo del hombre ó en su alma se despierten. Y de tal modo hoy en, la arquitectura belleza y utilidad se armonizan, que no consideramos hoy un edificio perfecto si, no llena los fines de una y otra. Así pueden ser fachada rica en adornos sus salones espléndidamente decorados, y ser la primera avara en luces y los segundos incómodos y desabrigados, o puede acontecer todo en viceversa, y ni fingida superior belleza, ni la fingida perfecta utilidad han de satisfacernos, porque no concebimos la una sin la otra, y porque nos resistimos á encomiar lo útil que hace caso omiso de lo bello; o lo que, con injustificado egoísmo, de todo otro fin se desentiende y aleja.

He hablado de la arquitectura por creer que en esta rama

del arte se ofrece, con mayor claridad que en otra alguna, la solución precisa de la cuestión que en, este momento discutimos.

Fácilmente comprenderéis, señores que no había de ser larga tarea hacer aplicación exacta de cuanto llevamos dicho a la poesía, objeto especial de esta Memoria, y si no lo hago es porque considero enojoso incurrir en forzosas, repeticiones, y porque he menester escatimar un tiempo que después ha de serme muy necesario, so pena de abusar de la benevolencia con que me honráis; atrevimiento señores al que nunca llegaré.

Por lo demás, ¿quién duda que, la poesía puede ser y ha sido y es, en determinados momentos, eminentemente útil? Díganlo, si no, las legiones inflamadas en ardor bélico, al calor de las palpitantes estrofas de los himnos del viejo Tirteo; díganlo y ,tantas y tantas ideas, ideas madres que diría Goëthe, madres de positivas riquezas que hoy la humanidad atesora, surgidas en un momento de arrebató, al fuego de la inspiración poética.

Cuando los hijos de Juan de Lippershey jugaban con las lentes que su padre construía, tan sólo les animaba el intento de satisfacer una emoción puramente estética, ver los, los caprichosos juegos de los rayos del sol atravesando el espeso cristal; y sin embargo, por tan inocente y poética distracción descubren el antejo de aumento.

Utilidad y belleza no se oponen. He aquí, pues, contradicha la primera afirmación de Kant y sus adeptos. Veamos ahora si existe semejante oposición, como los mismos ilustres pensadores afirman entre lo bello y lo real, entre lo que vive en los dominios del arte y lo que se mueve en el mundo de la realidad.

La contestación es igualmente negativa, y las exigencias del enunciado de la Memoria no lo estorbasen, veríamos, no solamente que lo real no está divorciado de lo artístico sino que no puede haber emoción estética allí donde el arte se , olvide de la verdad. Impresión y acción, ya lo dijimos anteriormente, no pueden separarse. La emoción estética se realiza inmediata-

mente por actos. Los alemanes, como afirma un autor ya citado, sentían mejor las bellezas arrebatadoras de los versos de Koerner y de Uhland, cuando estos versos les arrastraban al combate: los voluntarios de la revolución probablemente no se sintieron nunca más emocionados por la Marsellesa, que el día en que las ardientes notas del inspirado del himno los levantó con su aliento sobre las colinas de Jemmapes.

La ficción no es elemento necesario para que la belleza se produzca; la realidad sí, aunque deponga sus fueros en manos de la simple verosimilitud. Los que, como Schiller, reducen el arte á ficción, toman por una de sus cualidades lo que sólo es uno de sus defectos. La ficción no es condición de lo bello en el arte; es pura y simplemente una limitación.

¿Como va a ser el arte, y por ende la poesía, enemigo de la verdad, cuando todas sus más bellas creaciones han surgido del estudio de la verdad misma de la impresión menos agradable, que la contemplación de la realidad produce? Tal teoría muere tan sólo con que le opongamos la serie infinita de ejemplos que en testimonio contrario aducirse. ¿Es que el mérito del gran arte ha de consistir en expresar un pensamiento necesariamente falso, como nacido de la ficción con palabras simétricamente dispuestas? ¿Es que es semejante simétrica disposición de lo que sólo debe constituir y de lo que sólo constituye un aspecto de la forma, la forma exterior, reside el supremo encanto de la belleza artística? No. En el fondo de la obra de arte, es donde debe residir su mayor hermosura. El gran arte se inspira fielmente en la realidad de la Naturaleza

Diganlo si no las grandes obras que la poesía ha producido. Estúdiese á Homero y repárese qué verdad en las descripciones y en los sentimientos. Dificilmente se encuentra en él una imagen inexacta, un epíteto no justo. «Si describes -como asegura Mr.Biot- el aspecto de una isla de un territorio de una montaña, lo hace con los rasgos que le son propios y que la distinguen hoy todavía á los ojos de los marineros. Si pinta las orillas de un arroyo ó de un río, no nos dice solamente, que están cubiertas de Hores; nombra las

flores que allí crecen y las caracteriza con una palabra tomada de la Naturaleza, mostrando así imágenes sensibles."

Virgilio, igualmente, no cesa un solo instante de ser verdadero. En tan suprema cualidad descansa el secreto de la vida imperecedera que sus obras alcanzan. Que sólo expresando sentimientos y pasiones que en todo tiempo se agitan y que á todos por igual nos conmueven a todos, porque nacen ni sé destrozan y reviven en el movimiento incansable, y enfrentador de idénticas transformaciones que en el seno de la Naturaleza reside, logra la concepción artística el sello de la inmortalidad. La desesperación de, Dido emocionará, siempre. El sentimiento de la vida del campo que en las, Geórgicas se respira, la dulce paz las Églogas entona sus delicadas canciones halagarán siempre el corazón y llegarán siempre cual .regalada música, como eco de una inspiración que hubo que surgir hechizada por la contemplación de la obra divina que en la Naturaleza, se retrata y que en acrecentar y reproducir sus prodigios se complace, y suavemente confortada por la inefable sensación de una tranquilidad, justa y digna, suprema alegría del hombre en su peregrinación sobre la tierra.

Toda gran poesía tiene un gran fondo de realidad. Si hubiera de seguir presentando testimonios irrecusables, incurriría para con vosotros, señores, en falta de imprudencia de la que no quisiera hacerme reo. Baste, sin embargo, recorrer una por una las obras de esos grandes poetas de que la humanidad se enorgullece, para convencernos de que en la realidad consiste su mérito superior. Los escritores que, ciertamente, siguen el capricho de sus ideas, por ignorancia ó por debilidad, no pueden obtener sino un éxito poco durable. De no gran cosa ha de servir al escritor ser maestro del buen decir si la esmerada expresión no sirve para el buen pensar se manifieste; de nada si lo que con sus formas reviste no se ha inspirado en la contemplación de la realidad, justa y bella. Arte menguado sería el arte que exigiese el sacrificio de la verdad y de la prudencia en aras de una ficción que pronto y necesariamente había de ser desordenada .Si

como la embriaguez, el encanto de las letras, según afirma Mr Biot, solo pudiera dejarse después de pérdida de la razón y del juicio, la literatura sería la más funesta y la más peligrosa de todas las artes.

Afortunadamente. no es así. Aún cuando las teorías de algunos intentan desviarla de sus naturales senderos la practica de los más, vuelve con muy buen sentido por sus invariables prerrogativas.

Si, pues, ciencia y arte, ciencia y poesía de la verdad de la Naturaleza brotan y útiles son y útiles y reales, si no en igual proporción cuantitativa, cualitativa aproximada, ciencia y arte, ciencia y poesía que sólo por la supuesta oposición de las ideas de lo bello y lo útil, lo verdadero y lo real aparecen divorciadas, se unen y se armonizan y guardan, por lo tanto, entre si imprescindibles relaciones.

El estudio, por consiguiente, dé estas relaciones cuya existencia acabamos de demostrar, porque de no existir toda investigación fuera inútil constituirá el objeto de mi memoria.

## II

Examinado ya el primer aspecto de la cuestión que en estos instantes nos ocupa, y procediendo lógicamente en el desarrollo de aquella, debemos, tal, es mi pobre opinión, dirigir una mirada todo lo más ligera posible, al campo de la historia antes de pasar á la contemplación de las muy diversas y fecundas relaciones que hoy entresí mantienen la ciencia y poesía. Y ello, no solo nos ha de servir de prueba irrefutable de las afirmaciones que en la parte primera de esta Memoria acabamos de pronunciar, sino que también tal estudio será como base de las conclusiones con que necesariamente ha terminar este trabajo que no ceso de recomendar á vuestra mayor indulgencia.

Entre la poesía digna de tal nombre en todos los tiempos, y las distintas fases que tan á maravilla conocéis y que la

ciencia puede presentar, han existido corrientes de unión que claramente se manifiestan en las obras literarias, y que hoy más que nunca se ofrecen á la vista de los sabios como objeto digno de minuciosa investigación, no, sólo por los espléndidos resultados que semejante compenetración, dispensadme la palabra, produce, sino porque demuestra de un modo palpable cómo los esfuerzos múltiples de la inteligencia se unen y se acompañan, realizando al unísono la doble y desigual tarea de su engrandecimiento y de la glorificación de Quien tuvo á placer crearla y con sus rebeliones sufre y con sus nobles sacrificios se recrea.

Dicho se está que no vamos á pasar revista una por una á todas las grandes obras de todos los grandes poetas de todos los siglos, porque trabajo igual o parecido exigiría un tiempo, una capacidad y una erudición de que desgraciadamente no puedo disponer.

Sí veremos en cada literatura y en cada poeta que de gloria goce y de fama disfrute, el sello característico con que se ofrecen las relaciones que tratamos de estudiar, no remontándonos á los orígenes inciertos y nebulosos que á dudas y vacilaciones solamente nos arrastrarían, sino comenzando allí donde la luz de la investigación ordenada y justa permite apreciar debidamente el alcance, fin y exacta belleza de la producción literaria.

Entre los griegos bajo el rico ropaje de sus hermosos versos, en los que parecen escucharse ya el rumor de las batallas, y en él, sobre el ronco griterío, los estridentes golpes de la hoja de acero de las espadas en los bruñidos escudos, ya el melodioso acento de los pastoriles cánticos, y en los que el alma cree respirar confundidos el aliento de las grandes empresas y el aura que pura y libre ya juguetea sobre aquel mar siempre azul, palacio de nereidas y tritones, ya entre las ramas de aquellos bosques de mirtos, en cuyos senderos, por los fulgores del más ardiente sol dorados, los amorcillos corren; bajo tan hermosos versos, ora dulces como otros ningunos, ora grandilocuentes, sin hallar al seguir de los años vencedores, vive el espíritu de una filosofía análoga y quizá superior á la que hoy llamamos filosofía de la his-

toria. El pueblo de Fidias y de Apeles revistió sus concepciones de forma purísima, las iluminó con los claros esplendores de su ciclo que en la inteligencia de sus grandes obras, se reflejaba. Pueblo de artistas, ¿cómo no realizar portentos de arte? Pero el pueblo de Fidias y Apeles no limitó su esfuerzo llevando á los límites de lo posible la realización más pura del encanto de la forma. Donde cantaron Homero y Esquilo, Platón y Aristóteles pensaron; sus vates por eso no son poetas al modo con que hoy la imaginación vulgar se los figura. Cantaron no como jilgueros en la enramada, sino que cantaron y pensaron como hombres revueltos en la lucha de la vida. Así lograron ser lo que son. Poetas de verdad.

La filosofía de aquellos poetas soberanos fijabase en hechos que son generadores de toda ley moral. Y así consideraba la acción recíproca de la Providencia y del hombre, la ley del progreso por el sacrificio, la glorificación de la vida después de la muerte. Por tal modo alcanzaron tan duradera vida obras en que palpitaban, por decirlo así, los fecundos pensamientos que surgen de las luchas que la humanidad sostiene y en que lograban doble vida, la de la moral y la del arte, reaccionando una y otro fuertemente, ideas como la del sacrificio, la naturaleza vencida y el alma triunfante y redimida por el dolor; ideas siempre inspiradoras de emoción artística, noble y perfecta.

Estoicos y epicúreos se dividen la atención preferente del espíritu de la sociedad de Roma, combatida á un mismo tiempo por ideas tan encontradas y en cuyo seno surge al fin rasgando sombras y predicando la verdad eterna la religión del Crucificado. Allí aparece, a decir de muy doctos pensadores, el primer pensamiento claro y definido del pesimismo, hoy tan en boga, y que si ya parece despuntar en los coros de las tragedias de Sófocles y Eurípides se acentúa con la aparición de aquel epicureismo triste que nace de un desprecio razonado de la vida. Junto se nos presenta la imagen del poeta Petronio, el poeta de la orgía romana, según Caro, que «juega hasta el último instante con el suicidio, habiéndose abrir y cerrar las venas sucesivamente, como para gus-

tar más á su placer del sentimiento de su rescate. » Sentíase influido, como un gran número de sus compatriotas, por un amor exagerado á la vida, que les hacía maldecir de ella cuando no podía ofrecerles placer más intenso que los ya saboreados. Con semejante inspiración, habíase fundado en Alejandría aquella famosísima Academia de que formaron parte Antonio y Cleopatra..

Sobre este cuadro, tan alegre para algunos por su brillante apariencia, tan triste para, los más que se fijan con honda pesadumbre en el aspecto de corrupción que el desarrollo de tanta idea errónea sobre la vida y los destinos del hombre necesariamente produce, destacase con vigor la figura de Lucrecio, que repite, con trágico acento, la condenación á la existencia, ya lanzada por algunos filósofos griegos, como hace notar Sellar en su obra *Los poetas romanos de la república*, al indicarla semejanza que existe entre los sollozos del poeta de *De Rerum natura* y los que el alma cree escuchar en los fragmentos que nos restan del viejo Empédocles.

No busca Lucrecio, el enigma de la vida; no somete su inteligencia á tan ardua investigación. Y no busca el enigma de la vida, porque para él tal enigma no existe. No hay nada qué permanezca escondido á los ojos del hombre. Al fin de este penoso camino que sobre la tierra atravesamos solamente nos aguarda el vacío. Y el hombre, agobiado por tan abrumadora seguridad, vive y se siente vivir. Así engendra su incurable padecimiento. «El fastidio, al decir del crítico Martha, se apodera de su alma, de la que huyeron las pasiones. El espectáculo uniforme del mundo, del que él es únicamente ocioso espectador, le fatiga y le exaspera. Con Lucrecio, deja escapar este grito continuado de disgusto: siempre, siempre la misma cosa. *Eadem sunt omnia semper, eadem omnia restant*. La única ventaja que ha logrado es la de no tener miedo á la muerte; ha recorrido tan dulcemente su vida, que podrá pasar de una á otra nada sin gran sacudimiento. Quizás él mismo, adelantará el orden de la naturaleza para ir más aprisa hacia ese sueño eterno del que ya ha gustado las primicias y para asegurarse más pronto del encanto de la muerte. »- « No es esto- como dice muy acertadamente

Caro, después de copiar tales palabras- *la gentileza del morir*, que veinte siglos más tarde celebrará Leopardí."

No es la presente, señores, ocasión de señalar cuán equivocadas son las afirmaciones que el gran poeta latino deja escapar en los versos de su poema que a menudo parece rosario de elegías, afirmaciones combatidas victoriosamente en la obra que un autor notabilísimo que acabamos de citar escribió sobre tan famoso poema, obra encomiada notablemente por amigos y enemigos; el mismo Columela, trabajando un siglo después, que Lucrecio, en un libro de agricultura, se creyó obligado á protestar de la dolorosa lamentación del poeta romano, que suponía á la tierra agotada, como mujer que no puede tener más hijos, sosteniendo que, por el contrario, la tierra es siempre joven y fecunda, porque sabe emplear sus maravillosas fuerzas. No hacemos ahora crítica, proseguimos únicamente un trabajo de mera exposición. Baste, pues, á mi intento señalar con el espíritu filosófico influyó en la obra poética de Lucrecio, é indicar de qué manera ambos pensamientos, el filosófico y el poético, modificados en la forma, pero iguales, sin embargo, en su esencia, después de largo eclipse, brotan de nuevo al palenque de la controversia en las obras de Schopenhäuer y Hartmann, y en los cantos dolorosísimos de Leopardí.

Y llegamos, siguiendo nuestra ruta, todo lo velozmente que la necesidad lo exige, llegamos á la Edad Media. El espíritu se detiene un instante con misteriosa estupefacción ante aquel inmenso caos. El panorama brillante y risueño de la civilización antigua desaparece. Grecia y Roma diríase que espiran. El Partenón dura en su cima. El mismo alegre mar lo arrulla, el mismo sol brillante dora sus frisos y duplica sus contornos con líneas esbeltas de luz esplendorosa. Pero ¿dónde está el espíritu de la antigua Grecia? Como al ave la tempestad lo arrojó de su nido. El Foro existe; pero á sus pies no discute el romano el espíritu de sus leyes inmortales. Hondo silencio vaga en los aires llorando mudamente por una elocuencia cuyo acento murió. No más orgías suntuosas, apoteosis de los refinamientos del arte; no más báquicos festines, en los que la vista re-

creábase con la luz del cielo de Roma y la imaginación, con los fulgores del alegre Falerno. Ya lo dijo el poeta. Por la herida que abrió el hacha de Alarico huyeron, juntamente, la existencia y el vicio. Lejos suena el galopar de los bretones de sus huestes bárbaras. Y ¡oh! qué, inspiradamente cantó Quevedo tan lastimosa ruina:

Sólo el Tiber quedó, cuya corriente,  
 si ciudad la regó, ya sepultura  
 la llora con funesto son doliente.  
 ¡Oh! Roma: en tu grandeza, en tu hermosura,  
 huyó lo que era firme, y solamente  
 lo fugitivo permanece y dura

Sobre el mundo antiguo cayó algo negro como el olvido, terrible como una espantosa inundación. Así como al morir del sol, surge poco á poco en Oriente débil mancha de sombra, que creciendo y creciendo enluta pronto y de una vez la anchurosa esfera de las selvas del Norte, brotó, al ronco grito de tremendas canciones, la ola gigantesca del negro mar, que, embravecido, sepultó, borró, confundió las victorias alcanzadas por la humanidad, en el trasvaso de los siglos, á costa de tan dolorosos esfuerzos.

Destruído, en lo posible, más de lo que al progreso de tal modo atajado conviniera, destruido cuanto fue encanto del hombre y preciosa conquista de la inteligencia; soterrado como Atlántida del pensamiento, más feliz que la que es fama que hundiose en el mar que baña este globo en que vivimos, pues al fin aquella logró rehacerse; soterrado el mundo antiguo; en lucha una sociedad, desequilibrada por el predominio de su inteligencia refinada con exceso sobre su cuerpo dolorosamente fatigado, con otra, rica en fuerza y pobre y oscura en pensamientos; en germen las futuras nacionalidades; humillado el derecho por el despotismo; realizándose con gran trabajo primeramente, y logrando alta victoria luego la obra sublime del Cristianismo, suprema y redentora, todo allí es grande, pero confuso; grande, porque en tan oscuro seno se elabora la redención futura grande, porque de-

trás de aquella masa informe palpita débilmente al principio, con vigoroso empuje después, el espíritu del Renacimiento, que á la manera que el sol al surgir en el cielo todo lo ilumina, mar y tierra, selva y río, monte y prado, al dominar sobre el mundo, todo lo anima con su aliento, arte y ciencia, que reviven como después de horrenda pesadilla, y engalanan, de nuevo, con sus múltiples encantos, la realidad de un mundo que tan risueñamente les acoge.

La Edad Media es una gran lucha. Por eso tiene, un carácter altamente poético. Todo en ella es que inmensamente trágico ó lastimosamente triste. Por eso todo en ella es poesía. Sollozos de los apasionados, que son los más; ansias de los desesperados, que forman el mayor número; anhelo por la luz de un progreso que huyó y que el Cristianismo devuelve; combate por el sentimiento religioso, que así engendra las cruzadas que van á Jerusalén, como la heroica de nuestra Reconquista; sacrificios caballerescos, abadías salvadoras refugio á la vez del pensamiento y del caminante; castillos, zambras, torneos, castellanas, paladines, trovadores, todo es poesía. Todo es poesía, y, sin embargo, si en el ambiente más que nunca flota, si por doquier se respira, apenas si, como antes, en la imaginación del poeta se refugia y en su armonioso canto se manifiesta. Si hoy la investigación científica, minuciosa y concienzuda, descubre bajo el polvo de los archivos, singularmente en Francia, colecciona y ordena trovas y canciones, primorosas de seguro y de indudable valor histórico, el espíritu sintético de la alta crítica, no halla en ellas reflejo exacto de exteriores influencias, las que ahora estudiamos, ni otra cosa podía ser, dada la situación de aquellas sociedades, emprendedoras, creyentes, galantes y caballerescas, que así, y no de otro modo, se nos aparecen en las obras literarias que hoy se descubren y de las que nos acabamos de ocupar. Símbolo y compendio de aquella edad aún misteriosa, único, y creo que no parecerá muy atrevida esta afirmación, único, pero grandioso, es el sublime poema, del vate florentino, que, al atravesar las sendas tortuosas del infierno, á cuya entrada vio escrito el lema eterno de la desesperación, al cruzar luego las regiones en que las almas espe-

ran un perdón, no por muy ansiado menos hermoso y agradecido, y al gozar más tarde los suavísimos encantos de la mansión de los justos, parecía reflejar en su espíritu el de su época, sufriendo, esperando y adivinando la eternidad en la vida y en la redención y suspirando por ella.

El alma del gran poeta filósofo y teólogo también, su imaginación exaltada por suaves ensueños, se lanzan al combate de la existencia, y una otra sienten horribles sacudimientos. De la política confusa de su ciudad, como afirma, con admirable sentido Saint Renéo Taillandier, se eleva á la política de la cristiandad entera. Su pensamiento se ilumina y crece, y desde la región exclusiva de su idea sube á la más fecunda, comprensiva y general en que los principios se desenvuelven. Dante no es sólo el amante rendido de Beatriz, encarnación delicadísima del amor puro, que en el cielo al fin encuentra, porque allí el amor puro reside, ni el creyente más o menos fervoroso; no ama y cree y en amar y creer únicamente se complace. Es filósofo y piensa; ciudadano y ejecuta y defiende su obra; hombre y sufre y anhela; y en su filosofía y en sus hechos, y en sus ansias y en sus pesares, traduce fielmente los de su edad, revuelta y fecunda, que no parecía sino que en aquellos largos é inolvidables paseos por los alrededores de la Florencia, en los que las gentes huían de él con miedo y le señalaban con terror, recogía en el aire dulce y callado, el sentimiento de su edad su pensamiento aún oscuro y al uno en su inteligencia daba abrigo y al otro en ella vigorizaba y esclarecida, y de allí reflejaba, á manera de foco vivísimo, sobre las hojas amarillentas y arrugadas por el movimiento febril de sus manos, en que escribía los tercetos inmortales de su poema, sombrío como su genio, imperecedero como su gloria.

Si avanzamos algunos siglos más, encontramos nuevo á irrefutables testimonios de las afirmaciones que hemos dejado sentadas. Racine, Comeille, Molière y Voltaire manifiestan palpablemente en sus obras literarias la influencia del espíritu filosófico en la concepción del pensamiento esencial, de sus obras, y muestran claro ejemplo de cómo las circunstancias á que el hombre necesita plegarse en la batalla de la

vida, obligado por las ideas que en la sociedad de su tiempo se desarrollan, le modifican tan esencialmente, que en sus producciones artísticas no pueden por menos de ofrecer pruebas patentes de la transformación sufrida. Esta investigación, llamémosla así, que no alcanzaría igual éxito siempre ve en un todo coronados sus esfuerzos cuando los encamina á descubrir la génesis de las obras de los grandes poetas, en los que forzosamente se reconoce una sinceridad de expresión, sin la que no lograrían el alto puesto en que se les considera.

Examinando la vida de Racine se han preguntado muchos: ¿Amó verdaderamente el gran poeta? La mayoría de las opiniones contesta de un modo negativo. En sus primeros años Racine parece animado por un sentimiento de pura diversión, de mera curiosidad; luego el desenfreno de los sentidos le arrastra, en sus últimos años el deber y la piedad le dominan por completo. De aquí un gran vacío en sus obras. Mal puede expresar una pasión con todo el fuego, con toda la nobleza que de las demás la distingue quien nunca la sintió. ¿Cómo no llega á arraigar el amor en el alma del célebre poeta de la corte de Luis XIV? Porque el trabajo de la educación á que Racine hubo de someterse no dejó lugar á propósito en su espíritu en que las flores, del amor arraigaran. Janet ha dicho: «Port-Royal educó á Racine: he ahí el verdadero culpable.» Admitida la culpa, que sobre ello habría mucho que discutir, yo creo que su origen no es Port-Royal, sino su filosofía.

Las tragedias de Racine, si no todas aquellas que disfrutaban de mayor nombre, están inspiradas al calor de ideas generadoras de leyes de filosofía moral. Sobre la belleza y verdad de los caracteres de los personajes que en aquellas obras se mueven, sobre la profundidad de sentimientos y verdad poética de las situaciones que en ellas se admira, se ha escrito la última palabra por escritores tan ilustres como La Harpe, Geoffroy, Sainte-Beuve, Nisard, Saint-Marc Girardín y Janet. Si nada nuevo podemos añadir, señalaremos siquiera los puntos de conjunción de la filosofía y del arte en las tragedias de que ahora nos ocupamos. Ninguna pasión

puede surgir en un alma sin despertar en otra una pasión correspondiente. Así lo demuestra la historia de las pasiones hasta el punto de que constituye una de sus leyes más ciertas. Este fenómeno pasa muchas veces desapercibido pero si reúne su desarrollo especiales circunstancias y estas se van encadenando trágicamente, lo que permanecía oculto brota y se destaca sobre el fondo invariable de la realidad. Leed la *Andrómaca* de Racine y os convenceréis de mi aserto.

Ley bien conocida por los filósofos y que ha adquirido excepcional importancia después de los estudios de Hobbes, Locke, Humme y Stewart, es la de la asociación de las ideas, de la que se deriva otra no menos importante; la de la sugestión. Ejemplos de esta ley ofrece el arte dramático. En Shakespeare la célebre escena de Yago; en Racine la no menos famosa entre Narciso y Nerón en su tragedia *Británico*.

Si de la relación que las pasiones guardan, unas con otras, en distintas almas pasamos á examinar las leyes de la pasión en un alma sola, vemos que para Racine la pasión, después de atravesar todas sus formas y agotar todas sus fases sólo tiene un recurso á que apelar, impuesto por la fatalidad de la Naturaleza: el suicidio. Dígalo si no la triste muerte de *Fedra*, á quien el destino sólo otorga dos consuelos: confesar y sucumbir.

Si el estudio que tan á la ligera hemos hecho es instructivo en Racine, no lo es menos en Corneille, que ofrece con su rival desemejanzas dignas de atenta observación. En Racine las pasiones desenfrenadas dominan demasiado. En Corneille sólo nos presentan dos ejemplos: Tito y Mónica. Por el contrario, en las tragedias del autor del *Cid*, el alma, combatida por las pasiones, logra a menudo acallarlas, consiguiendo sobre sí misma un triunfo moral tan noble como conmovedor. Hasta qué punto es tal victoria sublime, díganlo Rodrigo de Vivar, Jimena, Horacio, Augusto, Poliuto, Paulino, Cornelio y Sertorio. Fase es esta de una psicología que co la de Racine nos da completa la representación del hombre moral, dominado por las pasiones, que desordenadas, le enloquecen, ó sometido á la voluntad, que con tran-

quilo y superior criterio le encamina por la senda que conduce á la realización del justo, fin del hombre. Nadie, creo yo, duda que es hermoso artísticamente considerado el combate que, entre sí y con la voluntad, mantienen las pasiones en el fondo del espíritu. De tempestad hubo de calificarlo el poeta de *Los miserables* al describir, con vigorosos rasgos, aquélla que encerrada en un cráneo rugía. A mayor violencia en las pasiones corresponde más viva emoción.

Pero nadie me negará tampoco, así lo espero, que nada más noble, más hermoso ni que más despierte profundísima impresión existe, que la suprema energía, con que la voluntad sabe imponerse á las pasiones y la oculta tristeza del espíritu, que á sí mismo vencién dose y destruyéndose, confiando en la satisfacción única que de su proceder y sólo de su proceder nace, con su destino desesperador se conforma. Por eso la resignación es la primera de las virtudes. Por eso Corneille, que en tan alto sentimiento se inspira ocupa, al menos para mí, lugar superior en los dominios del arte y de la filosofía al que á su rival Racine pueda corresponder. Sintiendo como Corneille sintió y como pensó Corneille pensando, el arte alcanza la cima de su más noble excelsitud. El sentimiento humano es incapaz de concebir imagen más hermosa ni más iluminada por los resplandores de la más pura poesía que la de la Virgen-Madre del Dios-Hombre, recostada al pie del santo madero donde, enclavado, exhaló el último suspiro el que fué encanto y en gloria de su vida y devorando en silencio sus lágrimas de dolor, dolor más puro y más intenso que el de aquella bóveda que se enlutaba y aquella tierra que se estremecía partiéndose, sin que para lograr tal nobleza y hermosura necesitara de sombras innumerables y amenazadoras, ni de estremecimientos ruidosos y convulsivos.

Moliere, y hemos de abreviar necesariamente si esta parte histórica no se ha de alargar demasiado, Molière confirma también el pensamiento que á escribir la presente reseña me ha inducido. Leyendo *Tartuffe* pensamos que allí detrás de la tendencia moralizadora que pone al desnudo los vicios de la hipocresía, alborea al primer ensayo de una escuela filosófica que en el siglo XVIII dirige á la Iglesia golpes durísi-

mos. Semejante idea palpita en el fondo del *Don Juan*, la más poética de las creaciones de su autor, hechizada por encanto artístico igual al que, tratando el mismo asunto, supo tan á maravilla conseguir el divino Mozart, y tan claramente palpita que ha hecho decir á, un célebre crítico contemporáneo: «Estas dos comedias, *Tartuffe* y *Don Juan*, ¿no son la obra de un precursor de Bayle y de Voltaire?» En *El misántropo*, últimamente, arte y filosofía consiguen a la vez, finalidad y victoria. No se nos ofrece en ella Molière, como un epicúreo espiritual que se alegra de todo, y que vive exclusivamente para el placer, ni como un Montaigne que huye de la virtud austera. No. La moral de *El misántropo*, como Janet afirma, es muy otra. La virtud y el honor deben alejarse del mundo sin huir de él; si las circunstancias le fuerzan á lo contrario, debe cuidar muy mucho de lo que constituye su dignidad, sin querer amoldar el mundo, ya viciado, á ella. Por tal camino se verá seguramente burlado.

Antes de abandonar por ahora la patria de los insignes poetas, cuyas obras acabamos de recordar, bueno será que traigamos también á la memoria, como argumento irrefutable de nuestra teoría, la influencia que en las producciones artísticas de, aquel insigne demoleedor que reservando su nombre dio para su historia el de Voltaire, dejó marcada el escepticismo de un hombre, para muchas causas funesto, y que contribuyó quizá tanto á la revolución memorable y hecatombe sangrienta del 89 Y 93, como la reunión de los Estados generales y las violentas palabras y más violentas obras de Mirabeau, Marat y Robespierre, puesto que representaba el espíritu que á todo aquello movía, inspirado en sus obras, y nutrido con sus ideas.

Bajo las brumas del cielo de Albión, Milton, el vate ciego, canta con voz sonora la epopeya de la fe de la cristiandad, pinta con negros colores el origen abominable de la primera culpa, y describe, gallardamente, el horrible poder de Satanás, que cuando entra en lid con los ángeles guardianes, como dice Macaulay, «se alza enorme, el Atlas, tocando al cielo con la cabeza» y Shakespeare, la encarnación más vigorosa del genio humano, el nuevo Esquilo según Víctor Hu-

go, realiza el ideal del drama trasladando al mundo del arte la representación exacta del medio humano en que el hombre se desenvuelve, y del alma del hombre que bajo la influencia de tal medio se modifica y trasforma. En los dramas de Shakespeare, se refleja el saber de su tiempo, la ciencia por lo tanto. Los que acusan al poeta de *Otelo* por ignorante, son, de seguro, como afirmó un notable crítico, los que no han acertado á leer, comprendiendo, en sus obras. Las ideas de Shakespeare son á manera de fecundas semillas. Una sola es capaz de producir mis otras nuevas encerradas en su seno.

Casi al mismo tiempo que el bardo inglés conquistaba para su nombre lugar eminente, no inferior á otro alguno, en el templo de la inmortalidad, los dramáticos de nuestro siglo de oro daban en sus comedias el retrato fiel de la sociedad en que vivían, sociedad inspirada por la creencia en Dios, el amor á la patria y la idolatría por el honor, y en sus autos, el reflejo de una filosofía creyente, inspiradora de alta y suavísima emoción.

Eran aquellos los días inolvidables en que el pueblo español no hubiera cambiado su gloria por todo el oro del mundo; primeramente, porque su gloria valía más, y después, porque la mitad de aquel oro llegaba á sus costas encerrado en el fondo oscuro de sus naves. Aquella grandeza, que ya empezaba á decaer, pero que aún conservaba siquiera exteriormente la brillante ostentación de su prestigio llenando hondo pecho español de legítimo orgullo, encendía en la imaginación del poeta vivo entusiasmo por los grandes pensamientos, generadores de tanta gloria. Creyendo en Dios, idolatrando á la patria por quien tan noble esfuerzo realizabase, idolatrando el honor por cuya limpieza, sangre y vida rendíanse, nuestros héroes rasgan el velo tras el que se oculta el nuevo mundo, huellan sus costas, luchan con una salvaje naturaleza que palmo á palmo les defiende sus dominios, siguen el curso de sus anchos ríos y toman posesión de sus inexplorados mares en nombre de Dios y de la corona de Castilla, símbolo de la patria, satisfaciendo así á su honor, último término en el orden en que los enumeramos, y sólo así último,

de aquella trinidad gloriosa, norte y guía de la sociedad española de los siglos XVI y XVII.

El mismo pueblo, que así ganaba dominios allende el mar, hacía tremolar su bandera, bañada por los esplendores del triunfo, ya en las llanuras de Flandes, ya en las praderas de la alegre Italia, ya en los campos de San Quintín, ya en las olas ensangrentadas del golfo de Lepanto. El mismo pueblo, de los Cortés y los Pinzones, del Duque de Alba y de Gonzalo de Córdoba, de D. Juan de Austria y del Marqués de Santa Cruz, el mismo pueblo, grande y esforzado, que ya veía realizada la obra suprema de su nacionalidad y la menos ilustre de su engrandecimiento, hubo necesariamente de producir grandes poetas nacidos al calor de tanta gloria. O había de ser escéptica, ni ruin, ni despreocupada, la filosofía de aquel pueblo, y por ende la de aquellos poetas, antes bien fervorosa, de grande aliento é inflexible rigorismo. Así escribieron, pensaron y sintieron, Calderón Y. Rojas, Moreto y Alarcón, Tirso y Lope, Mira de Amescua y Pérez de Guevara y tantos otros, gala del Parnaso español. Nutrida la imaginación poética en tan nobles fuentes, los autos interpretan, sin menoscabar su cuidadoso idealismo, los misterios de nuestra religión; el *Príncipe Constante* y Guzmán el Bueno sufren sin vacilaciones por la patria, y D. Lope de Almeida y *El Medico de su honra*, matan, sin dudas, incomprensibles en desventuras en que el honor sea el desventurado.

### III

Henos, por fin, ya, frente á frente de la última parte de nuestra Memoria, sea la que tiende á examinar las fases distintas con que hoy la cuestión que debatimos se nos presenta, fase que necesariamente ha de participar mucho del carácter histórico de la anterior, porque del estudio de los hechos se han de deducir las conclusiones y porque en ordena-

da reseña histórica deben, para el mayor orden y claridad en la exposición, encadenarse los hechos.

Desde algunos años anteriores á los que precedieron a la revolución francesa, el mundo, por muy distintos prismas observado, cambia mucho más y más pronto que en los siglos que hasta el XVIII hubieron de seguirse. La filosofía se hace más que nunca batalladora y reviste un carácter marcadísimo de osada negación. Las ciencias exactas, físicas y naturales ensanchan prodigiosamente el círculo de sus conocimientos. Desde entonces, puede afirmarse que no surge un verdadero poeta, digno de tal calificación, que no se inspire en las conclusiones del espíritu científico ó que no entone el entusiasta elogio de sus trabajos y de sus victorias. Así aparecen en Inglaterra Byrón, el escéptico agresivo; Manfredo, Childe Harold, Lara, Don Juan y Caín todo á la vez poético galanteador en los canales de Venecia y en las ondas azules del Lido, soldado valeroso en las campañas de Grecia; Shelley, el panteísta Shelley, el poeta del *Prometeo* y de los Cenci; Keats, el infortunado Keats, que muerto en la flor de sus años' hizo escribir sobre su tumba aquel lastimero epitafio. Aquí yace uno cuyo nombre se escribió sobre el agua.» Así brillan en Francia Andre Chenier, Le Brun y Fontanes, el poeta de la *Leyenda de los siglos* y el de *Las Noches*, Ackermán, el autor de las *Poesías filosóficas*, y Sully. Proudhon, el de poema *La justicia*. Así cantaron en\* Italia Leopardi y Carducci, en Alemania Goëthe, Schiller, Lessing y Heine y entre nosotros, finalmente, el gran Quintana en sus odas á la invención de la imprenta y al descubrimiento de la vacuna; Espronceda, en su hermosísimo canto á la inmortalidad ditirambo en rima y escrito en loor del más exagerado materialismo; Núñez de Arce, el cantor de la duda, de una duda tan poética por lo menos en su fondo, como la de Musset, porque como aquélla dice: "Quiero creer y no puedo, » y más que otro alguno Campoamor, por tantos conceptos ilustre, escéptico desconsolador é implacable, que considera á la poesía naciendo de la Metafísica y confundiéndose con la Metafísica, *alma mater*, para él, de todo conocimiento.,

Tres de los poetas cuyos nombres acabo de pronunciar,

solicitan estudio o párrafo, mejor dicho párrafos a partes, por más que uno y otros sean tan breves como el tiempo, que apremia, lo exige. Estos tres poetas, ya lo habréis adivinado, son Byrón, el jefe de aquella escuela *satánica* tan combatida, Goëthe, el cantor de Fausto, hijo de la leyenda y el de la infortunada Margarita, hija predilecta de su imaginación, y Leopardí, el poeta del pesimismo, de cuerpo deforme y espíritu llagado, cuyo canto es un sollozo eterno apenas interrumpido por una exclamación fugitiva de esperanza. Tenebroso cielo, en el que muy de tarde en tarde brilla un rayo, un solo rayo de luna, que rasga un instante las sombras, baña con luz suave el seno de las nubes amenazadoras y huye de repente, haciendo que parezca más terrible que antes la oscuridad.

Es, el carácter moral y literario del Lord inglés, digno de observación detenida y minuciosa, «Recibió al nacer dice Macaulay, cuanto el hombre admira y desea; pero cada una de estas circunstancias superiores iba ligada estrecha y misteriosamente á elementos de miseria y humillación... el joven Par poseía facultades de inteligencia, pero con algo de insano, su corazón era naturalmente sensible y generoso. pero su carácter colérico y mudable, su cabeza era un modelo de hermosura y su andar innoble, como que era deforme uno de sus pies.»

En el fondo sombrío de sus cantos se oculta, así como gusano devorador en el cáliz de una rosa de espléndidos matices, el pensamiento de una filosofía misántropa que parece consolar sus dolores menospreciando á la vida, fuente de todos ellos. Los héroes de sus poemas son hombres, hastiados, rendidos á la desesperación y sostenidos únicamente por un inmenso orgullo. Era Byron más que nada un revolucionario que eligió la poesía para la expresión de sus ideas. Si por la poesía lucha, con la poesía igualmente combate. Su Musa es su Diosa. Sus versos brillan, relampaguean, hieren como espadas.

Goëthe, admirador entusiasta de Byron, á quien éste idílico su poema *Sardanápalo* vio en la figura del vate inglés la representación exacta del símbolo de la moderna, na-

cida del consorcio de dos ideales; la imaginación clásica y la fantasía romántica, que aparece en la segunda parte de su poema Fausto. Euforión, el hijo de los amores de Fausto y Helena, es Byrón. Sobre esto podría haber duda si Goethe no lo hubiera declarado de un modo terminante en sus conversaciones con Eckerman. Yo creo que Byron representa aún algo más. Byron realiza la justa esencia de la forma altamente poética y el pensamiento hondamente filosófico.

Fué Goethe no sólo eminentísimo vate, sino también naturalista de gran mérito, filósofo de muy levantada tendencia y crítico de alto vuelo. Agitábase en los últimos años del siglo XVIII en el cerebro de insignes pensadores la idea del gran poema de la Naturaleza; algo que fuera en poesía equivalente de la obra de Buffón, esencialmente científica. Muchos lo intentaron. Le Brun, Fontanes, Andre Chenier, Goethe. Le Brun (el poeta, protegido por Luis XVI, á quién pagó con aquellas infames estrofas dirigidas á María Antonieta, que la pluma se resiste á copiar), Le Brun dejó algunos fragmentos en los que son de lamentar las torturas que sufre el lenguaje para expresar, contenido por las exigencias de la rima, el variado tecnicismo de las ideas científicas. De Fontanes queda un trozo de superior belleza. De André Chenier lo que de su poema de Hermés llegó á escribir; indicaciones sueltas, vigorosas, atrevidas, versos admirables, nada más. La guillotina, en nombre de una crueldad y de una locura mil veces execrada, se encargó de poner punto final á su obra. ¿Y lo demás? ¿Lo demás? Ello era lo que latía en el cerebro del infortunado André Chenier cuando al pie del patíbulo, él, gran hombre y gran patricio, golpeándose con la mano la frente, exclamaba: "¡Oh! ¡y aquí había algo!" » Ese algo, Llorente, el feliz traductor del Fausto, lo ha dicho, era la poesía moderna.

Obra semejante emprendió Goethe. Para ella el autor de Werther se encontraba admirablemente preparado. Sus trabajos sobre la metamorfosis de las plantas, sobre la anatomía comparada sobre la óptica, etc., le suministraban copiosos materiales. En sus poesías se encuentran algunas, llamadas indudablemente á ser partes de un todo no concluido; ellas delatan claramente el pensamiento de su autor, in-

dican la idea sólo parcialmente desarrollada de la obra total. Alejandro Humboldt consideraba, según Caro, que debía ser una de las más poderosas creaciones de aquella inteligencia, soberana en todas las regiones del espíritu. Si las más grandes hipótesis logran hoy ser realizadas, si todo lo que no va derechamente contra lo imposible alcanza á fuerza de trabajo término dichoso, esperemos en el arte que la obra en esbozo de Le Brun y Fontanes, de André Chenier y de Goëthe tendrá continuador más afortunado que aquellos.

Desconsoladora, más que otra alguna, es la poesía de Leopardi.

La miseria humana inspira en los grandes corazones sed de infinito reposo ó voces de profundo desprecio, ya el alma se anegue en resplandores de fe, ya se envuelva en sombras de negaciones, ya encuentre más allá de los últimos linderos de la vida la satisfacción de sus ansias, ya piense que el vacío es el único término de los males de la existencia. Por la una senda se va al misticismo y se oye hablar á Santa Teresa; por la otra se camina derechamente al pesimismo, y se escuchan con horror los desastrosos gemidos de Leopardi.

Leopardi siente deseo profundo de suprema felicidad. A *ex e duco*. opone su inteligencia una negación absoluta. Leopardi, según el juicio de Valera, no busca á Dios porque entiende que no le ha de hallar y que lo aborrecerá si lo hallase. Para él no hay más Dios que el destino; esto, es, las leyes inflexibles de la naturaleza. Del inextinguible deseo del poeta nace su entusiasmo. Prefiere el dolor al fastidio. No tiene fe, pero tiene amor, inmenso amor; este sentimiento del amor es la fuente de su entusiasmo; ama; la mujer, la patria, la humanidad, son sus grandes amores. Envidia á los antiguos, que vivían de una esperanza que no ha llegado á realidad. Es, finalmente, Leopardi, según Sainte-Beuve, como un hombre de la antigüedad que llegó tarde.

Todo cuanto siente lo expresa con una sinceridad comparable sólo á su desesperación. Por eso, porque llora sus penas y no se pierde en vagas abstracciones, porque es humano cuanto sufre y canta, es tan gran poeta Leopardi. Así

es concebible y admirable la poesía filosófica, científica igualmente; no en modo alguno á la manera de los que, representando las ideas por fórmulas abstractas, reducen, o mejor dicho, intentan reducir la poesía aun análisis frío que hace pensar como tesis, pero no sentir como estrofa poética.

Lord Macaulay ha dicho: «La poesía declina á medida que la civilización progresa. » Como el progreso no se detiene, es lógico suponer que al fin de tal camino encontrará su muerte la poesía. Pero Víctor Hugo contesta: « Muchas gentes de nuestros días, agentes de cambio, entretenidos con su suerte, y a menudo notarios, dicen y repiten: «La poesía se va. » Es casi como si se dijera: « Ya no hay rosas, la prima vera ha entregado su alma, el sol ha perdido la costumbre de surgir, recorred todas las campiñas de la tierra; no encontraréis ni una mariposa; ya no hay fulgor de luna, y el ruiseñor no canta más, el león no ruge más, ni se cierne más el águila; los Alpes y los Pirineos han desaparecido; no hay ya muchachas hermosas, ni jóvenes gallardos, nadie sueña ya con las tumbas; la madre no quiere ya á su hijo, el cielo se oscureció el corazón humano ha muerto. »

No. Jamás. La poesía no huye, no desaparece. La cuestión es muy otra. La poesía sufre y sufre una dolorosa crisis; pero de ella ha de salir vencedora, animada por nueva inspi. ración.

La poesía se siente desfallecer devorada por mal de anemia.

Dijérase que como joven perfectamente hermosa é irreprochablemente ataviada languidece, porque le falta aire puro y nuevo que respirar. El idioma ha alcanzado su mayor perfección y el lenguaje poético al que podríamos, llamar quinta esencia del idioma ha llegado al límite en que se encuentran escritas las palabras: «No más allá. » ¡Qué sobriedad en la frase! ¡Qué brillantez en la expresión! ¡Qué limpio, y sin extraños roces que lo desfiguren o afecten, surge conducida por ella el pensamiento! Aseméjense las estrofas de los poetas modernos por la prolijidad, exactitud y hermosura del detalle á los portentos de arte, maravillas del cincel, que salían de

las manos de Benvenuto Cellini, de Donatello ó de Bruneleschi. Pero la poesía no es forma únicamente. El secreto de su grandeza reside hoy más que nunca en la grandeza del pensamiento que con aquella forma se revista.

Hoy en la mayor parte de sus obras nuestros poetas (y al decir nuestros no me refiero únicamente á los españoles, sino también á los que no escriben en castellano) ó sacrifican todo otro fin que no sea el de la descripción, ó se desesperan hiperbólicamente expresando pasiones más imitadas que sentidas, ó reducen el arte á un procedimiento meramente artificial, y así producen obras en que la gracia, patrimonio de la decadencia, sustituye á la inspiración y la retumbante sonoridad y efectismo rebuscado de las frases al buen decir sencillo y sincero.

Con estas composiciones en cuyo número no figuran, gracias. a Dios,.todas las que hoy salen á luz, sucede que suenan a hueco. Sí. Copa trabajada por hábiles manos realiza su perfecta hermosura siempre que sean puros sus contornos, justo y bello o su cincelado. El arte no le exige más. El aire ocupa y hace ella bien en admitir su visita. Pero el arte puede confiar de igual modo á la atmósfera lo que debe constituir el fondo esencial de la obra poética.

La poesía está pidiendo á voces nueva inspiración. La ciencia se la ofrece. Pero la ciencia, que hoy todo lo domina y que hoy todo lo absorbe, ¿acabará también por destruir la poesía? No. Algunos, fundándose en opiniones contrarias y presentando testimonios bastante incompletos de Shelling, Sttauss, Wagner y Goëthe, proclaman que la poesía morirá á manos de la ciencia, porque la ciencia destruye los misterios y supersticiones en cuyos dominios única y exclusiva .puede vivir la poesía.

Esto no es exacto; pero aunque lo fuera, concluida la obra del espíritu científico, descubiertas las leyes todas del universo, escudriñado su último rincón, ¿no quedaría aún eternamente en el mundo moral el misterio de las pasiones, siempre distinto, y siempre escapando á la investigación? La poesía, como la ciencia, ha dicho Mathew Arnold, es una interpretación del mundo, pero las interpretaciones de

la ciencia no nos darán nunca ese sentido íntimo de las cosas que nos dan las interpretaciones de la poesía, porque ellas se dirigen á una facultad limitada, no al hombre entero; por eso la poesía no puede perecer. »

Admitida la ciencia como fuente de inspiración, de nueva inspiración que vigorice el espíritu de una poesía que desfallece, hemos de preguntarnos: ¿De qué manera la ha de inspirar? ¿En qué medida? Las tendencias se refugian en dos extremos. Humboldt, equivocando el problema que se dirige á saber si la unión entre la ciencia y la poesía, una vez rota, puede restablecerse, exclama: «Parece extraño que se pretenda que la poesía, todo forma y color y variedad, aspire á buscar fuente de inspiración en la ciencia. No debe ser así. Cuando las facultades del hombre se hallaban confundidas, ciencia y poesía se encontraban, no sólo relacionadas, sino, que confundidas también.» Saint-Beuve, por el contrario, afirma que «la poesía de la ciencia sienta bien en sus orígenes, los Parménides, los Empédocles y los Lucrecios, dice, recogieron sus primeros y abundantes frutos. Llegada á cierta edad, á cierto grado de complicación, la ciencia escapa al poeta, el ritmo es impotente para encerrar las fórmulas y aplicar las leyes. El estilo de los Laplace, de los Cuvier y de los Humboldt (sobre todo de los Laplace y de los Cuvier) es el único que conviene en lo sucesivo á la exposición del sabio sistema.»

Aquí Sainte-Beuve confunde la exposición de las teorías científicas y la inspiración que el progreso despierta. El rigorismo científico huye de la poesía, pero á la poesía pertenece, por derecho propio, el entusiasmo por los descubrimientos que la ciencia alcanza, entusiasmo que obra directamente sobre el sentimiento y la imaginación. A sus dominios debe, para inspirar el arte, venir la ciencia, huyendo de los de las ideas abstractas. Puede sobre ellas escribirse, únicamente tomando por medio las emociones que producen.

Señores, hemos llegado al fin de la jornada. El término se aproxima. Esta es la hora de las conclusiones.

Las ciencias pueden y deberá ser, con ya en el día y será en el porvenir fuente abundante de inspiración, para el poeta.

Y no hemos de hacer en ellas inútiles excepciones. Todas son pródigas por igual. Las filosóficas, las exactas, las físicas, las naturales.

Al decir filosofía, alguno preguntará: ¿qué filosofía? Baste, para mi intento, distinguir en su campo los dominios de aquella que admite la soberanía del espíritu de los de aquella otra que sólo reconoce el imperio exclusivo de la materia. Hecha esta separación, si se repite la pregunta ¿qué filosofía? Una y otra, contestaré.

Todos los grandes filósofos espiritualistas son grandes poetas.

¿Pueden ser grandes poetas los que se inspiren en los principios materialistas? ¿Por qué no? El arte es completamente extraño al error que en ellos pueda existir. El arte que no cierra sus puertas á la inmoralidad no las cierra al error. A una y otro todo se lo perdona si, son bellos. Allí donde el sol pone sus rayos, en la gótica aguja de la catedral ó en la rama partida de la choza, allí hay luz. Allí donde la belleza se realiza, en la verdad ó en el error, allí hay arte.

Los principios de una moral y de una religión, cuyos más fieles adeptos se embelesan ante las maravillas del arte pagano ¿en que lógica, se fundan para pretender nuevos exclusivismos? El arte vive existencia separada. Es independiente y domina. Cambian las religiones, las razas y las costumbres; el arte es siempre uno. En el templo, casa de Dios, una Virgen de Rafael no tiene rival. En el museo, templo del arte, junto á una *Condepción* de Murillo ocupa digno lugar una *Venus* de Ticiano. El arte supremo, único, invariable el que creó el Partenón y la catedral de Sevilla, los frescos de Pompeya y el Cristo de Velázquez, el que dio vida á los cantos de Lucrecio y á los sollozos místicos de San Juan de la Cruz no puede, no debe admitir intransigencias. ¡Arte! Esperemos en él, hoy que, al paso que en el mundo material todo crece y se acerca, en el moral todo lucha y tiende á separarse, que cuando los rencores todo lo hayan dividido, escriba al frente de su templo augusto una inscripción que proclame: "Aquí vive todavía la tolerancia!»

Tolerante será si en los ,principios que constituyen su esencia se inspira. Libre, nuevo y fecundo si contempla el ,es espectáculo que tiene á su alrededor. Por la campiña ayer desierta cruza una larga serpiente de hierro que deja tras sí ondas de humo, estridente ruido. Une los pueblos, trabaja para el hombre. Los altos postes del telégrafo miran su carrera vertiginosa, y sostienen delgados hilos que tiemblan con el viento, y que parecen estar indicando con su dirección al que por el progreso les pregunte: "Por ahí va. » Baja la noche á las ciudades, y la luz eléctrica hace surgir en ellas la claridad de un nuevo día. El teléfono, más veloz que el aire, transmite los sonidos y el fonógrafo, más cuidadoso que oído de enamorado, guarda la voz A los golpes de ímproba labor, saltaron una á una las piedras del MontCenis y el San Gotardo. El hombre taladró sus entrañas y abrió por ellas vía á la civilización. La voluntad, señora de los mares, pronto lo será de los vientos. La hélice, que en sus vertiginosas vueltas azotó las olas del mar y las dominó, pronto, azotando las corrientes del aire, las dominará también. El progreso anima; pero llega á más; redime. Preguntádselo al hombre redimido por la máquina; preguntádselo al esclavo redimido por la libertad.

A cada, nuevo progreso que se realiza, el arte debe responder con sus cantos. A cada nuevo rayo de luz de aurora que salta y brilla entre las verdes ramas de los árboles, la alondra, que tiembla de alegría, lanza un arpegio. Que el pensamiento progrese; que el arte en sus maravillas. se inspire. Y de este modo, señores, ¡qué obra tan fecunda la de la ciencia! ¡Qué canción tan hermosa la de la poesía!